

En 1763 fué nombrado Gobernador D. Juan de Pineda; obtuvo la cooperación de una fuerza nacional al mando del Coronel Domingo Elizondo; emprendió una activa campaña contra los Seris, teniendo su cuartel general en Pitic, pero las tropas sólo de vez en cuando encontraban alguna rancharía y los indios se escapaban fácilmente en su vasto y desierto territorio.

Por este motivo y deseando ausentarse de estas comarcas, entablaron negociaciones con los indios ofreciéndoles la protección Real. Algunos de ellos aceptaron de mala fe, como siempre, y estuvieron algún tiempo mantenidos con el dinero de las arcas Reales; pero en cuanto las tropas se retiraron volvieron á su antigua vida.

La policía agresiva y sangrienta establecida por Parilla, Mendoza y Cuervo fué sin duda la que suscitó dificultades con la policía eclesiástica y la autoridad civil. Los Padres, llevados del ferviente celo de su religión, querían ser caritativos y catequizar á los salvajes, refractarios é incivilizables Seris. En realidad los Padres no conocieron el mal carácter ni los instintos sanguinarios de aquella tribu: los que ellos tenían en las misiones y pasaban por conversos, no eran en verdad más que hipócritas espías que informaban á los demás de cuanto les convenía para mejor acordar sus planes de robo y asesinato.

Las crecientes dificultades y la perpetua discordancia entre el poder civil y el eclesiástico en Sonora, determinaron por fin con otros motivos la expulsión de los jesuitas en 1767, quedando con esto un gran vacío en la historia de aquellas tribus.

El Colegio Apostólico de Querétaro vino á ocupar el lugar dejado por los jesuitas, mandando á los frailes franciscanos para tomar posesión de las misiones y fundar otras. En este tiempo las exploraciones mineras y la agricultura empezaron á tomar incremento; la población de la provincia aumentó notablemente y los Seris fueron desalojados de sus madrigueras de Cerro Prieto y de las barrancas del Río de Bacuache. En 1768 llegaron á Sonora los franciscanos bajo la presidencia de fray Mariano Antonio de Buena y Alcalde y fueron distribuidos en las diversas misiones. Fray Mariano participó de los esfuerzos para expulsar á los Seris de Cerro Prieto. Después de algunos meses de un sitio nominal los indios se sometieron aparentemente, como de costumbre, y entonces el Gobernador permitió al fraile ir á catequizarlos; pero éste pidió recursos, ornamentos y todo lo necesario para establecer una misión, y por fin resultó nombrado fray Juan Crisóstomo Gil de Bernabé (ya designado por el Colegio de Querétaro para sucesor de fray Mariano). El nuevo Presidente, deseando obsequiar su propio celo y los deseos del Gobernador y ser útil á los infelices indios, reunió entre los particulares lo necesario, y estableció un santuario en la rancharía de los Seris, Pueblo de Seris, en Noviembre de 1772. Por este tiempo habían venido algunos indios al presidio de Horcasitas y pedido que se les enviara un sacerdote como á los del Pitic, pues deseaban ser instruidos en la religión de los Padres.

Fray Crisóstomo vaciló mucho antes de resolverse á establecer una misión en el territorio Seri, porque comprendía que los indios no abandonarían su isla y que sería imposible sostenerse en aquella tierra estéril, sin agua ni recursos; pero habiendo el Gobernador insistido, el Padre salió para el Carrizal el 26 de Noviembre de 1772; se estableció allí como ministro, sin escolta y sin más compañía que un muchácho que le servía de acólito.

Con el auxilio de los Tiburones, el Padre construyó un jacal suficientemente amplio para que sirviera de iglesia, y empezó á procurar atraerse á los indios por medio de la dulzura y de mil bondadosas acciones para con ellos.

Todo fué inútil: sólo uno ó dos jacaes más fueron construídos junto al suyo; los indios jamás llegaron á abandonar sus hábitos de vagancia y bandolerismo, y en las más tristes condiciones pasó Fray Crisóstomo todo el invierno hasta el 6 de Marzo de 1773.

Consta por una averiguación oficial, que en la noche del día 6 llegó al jacal del Padre un

indio llamado Yxquisis y le dijo que había una sublevación de los Piatos en combinación con los Apaches, y que era preciso huir.

El infortunado Padre le dió crédito, y salió de su pobre jacal para no volver más á él.

Yxquisis declaró después, entre muchas mentiras, que había dado muerte al Padre á pedradas, sin decir qué motivo tuvo para cometer este cruel asesinato.

Yxquisis y otros dos Seris complicados en este crimen, fueron condenados á muerte y clavados con estacas en el mismo lugar en que habían asesinado al valiente y virtuoso franciscano: así terminó la misión del Carrizal.

Por la tradición se sabe en Hermosillo, que hace ya muchos años existió en la costa, cerca de Pozo Escalante, una choza en ruinas que había sido la residencia de un Padre franciscano asesinado por los Seris.

Todo, hasta la notable conservación de sus restos (por estar lleno de sal el terreno) que fueron exhumados seis meses después, induce á creer que allí fué donde mataron al abnegado misionero.

Aún existen en la maldita costa quemada por el sol, y jamás refrescada por las lluvias, los restos de aquella cabaña: todavía en Marzo de 1902, encontré algunos fragmentos de ella diseminados por el viento y por las tempestades en los abrasados arenales de la desierta playa.

Yo admiro hasta el fanatismo, cuando brota en un pecho generoso, bajo el impulso de nobles y elevados sentimientos; y confieso con orgullo que me sentí hondamente conmovido al pisar el ruin suelo, inútilmente regado con la preciosa sangre de aquel caritativo apóstol mártir.

A la tragedia del Carrizal, sucedió un período (cincuenta años) de relativa paz, durante el cual, á juzgar por los relatos y documentos de aquel tiempo, los Seris siguieron cometiendo robos de más ó menos importancia y algunos asesinatos.

En la obra de Velasco se refiere como una de las más importantes, la guerra de los Cimarrones-Migueletes en 1780: los Cimarrones eran los Seris del Tiburón y los Tepocas, unos 2,000 por todos, entre hombres, mujeres y niños; los Pimas, llamados Piatos de los pueblos de Tubutama, Oquitoa, Cabreca y algunos otros (se dijo que á éstos se habían unido también los Apaches que poco antes habían saqueado Magdalena y Saric, matando 12 personas).

Los Migueletes eran las tropas nacionales al mando del Coronel Domingo Elizondo.

Después de varios encuentros y batallas que tuvieron lugar en Cerro Prieto, Jupanguaymas y Presidio Viejo, se anunció que los Seris estaban aniquilados; pero esto era inexacto, pues ya en 1807, el Gobernador D. Alejo García Conde se vió obligado á enviar por Guaymas 1,000 hombres con destino á la Isla del Tiburón para castigar á los indios; esta expedición fué interrumpida por cuestiones internacionales.

Entretanto, debido al aumento de población y al desarrollo de las industrias, el presidio de Pitic llegó á ser un pueblo importante y tomó el nombre de Hermosillo, el del General José María González Hermosillo, un héroe de Sonora en los gloriosos años de 1810 á 1812.

El pueblo de Seris se mexicanizó, no quedando en él más que unas cuantas familias indias; Guaymas se convirtió en un puerto de regular importancia comercial; las pesquerías de perlas y los proyectos mineros progresaron, y el Rancho de Bacuachito llegó á ser un pueblo floreciente á pesar de las depredaciones de los indios.

Ya en ese tiempo se había despertado el interés científico por las tribus sonorenses, debido á los viajes de Humboldt en 1803.

Humboldt, tomando en cuenta los trabajos de Kino y los datos de la tradición, levantó un mapa de la Isla del Tiburón, con un error de un grado hacia el Norte, y separándola del Continente por un estrecho de dimensiones muy exageradas.

En el mapa que hizo del territorio Seri cometió también varios errores, inventó varias me-

sas, combinó el Río Yaqui con el Río de Sonora, hizo pasar el Río de la Ascención al Norte del Tiburón, y embrolló en una confusión inexplicable San Diego de Pitic (moderno Pitiquito), San Pedro de Pitic ó el actual Hermosillo, y El Altar.

Dice así: «En la margen derecha del Río de la Ascención viven algunas tribus indias belicosas, los Seris, á los que varios sabios mexicanos atribuyen un origen asiático por la analogía que ofrece su nombre con Seri, situado por los antiguos geógrafos en las montañas del Ottopocorras.»

Creo que Humboldt, ni estuvo en la Isla del Tiburón, ni conoció á los Seris.

En 1825 el Subteniente R. W. H. Hardy, comisionado por la «General Pearl and Coral Fishery of London,» vino á tomar informes acerca de las pesquerías de perlas del Golfo de California y en 13 de Febrero de 1826 visitó el Pitic.

Hardy escribe: «Como á media legua corta del Pitic, al Sur, existe un pequeño lugar llamado Pueblo de los Ceres, habitado por una escuálida raza de indios que se dice viven en perpetuo estado de embriaguez, y han perdido sus hábitos guerreros. En su exterior revelan esa maligna estupidez de aquéllos que, impotentes para desahogar su rabia de otro modo, la desahogan en los seres más inermes é inofensivos: así, los niños, las mujeres y los perros son víctimas de su pusilánime furor.»

En Hermosillo tuvo Hardy ocasión de informarse de las costumbres de los Seris, de su ferocidad, de sus flechas envenenadas, á lo que no dió mucho crédito, y después de examinar las costas del Oeste, el 9 de Agosto, llevado por el viento siguió el mismo camino que Ugarte había seguido, llegando al Occidente del Tiburón.

Tuvo la fortuna de encontrar en la isla un indio que hablaba español, la de curar de una grave enfermedad á la mujer del Jefe de la tribu: viajó por todo el Tiburón en busca de oro y perlas, descubriendo y dando nombre á Punta Perla, Bahía Cockle, Punta Sargento y Bahía de la Bruja.

Hablando de los Seris dice:

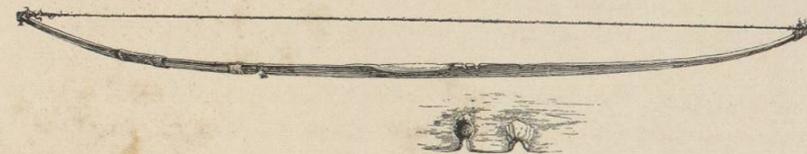
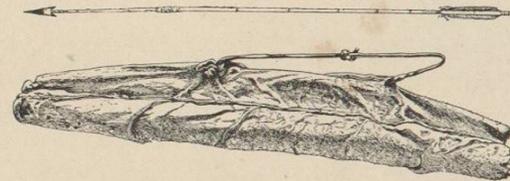
«Los indios de la Isla del Tiburón son altos, de buena constitución y bien plantados, tal vez de mejores formas que los indios de Patagonia, y hablan una lengua tan parecida á la de aquéllos, que al oírla, imaginé haberme transportado á aquellas salvajes regiones. De ningún modo parecen tan feroces como en realidad son, y hay un no sé qué de apacible en el mirar de las mujeres. Su traje es una especie de delantal, pero casi todas las viejas se cubren la parte media del cuerpo con pieles de águila, llevando las plumas hacia el lado de la carne. La parte superior del cuerpo está enteramente desnuda, y usan un peinado en relación con el aspecto de sus caras pintadas. Los hombres emplean para la pesca una especie de harpón de dos puntas, usan para la guerra un palo en forma de macana, arcos y flechas con punta de piedra, que ignoro si estarán envenenadas.»

Ya desde aquel tiempo se decía que el método empleado por los Seris para envenenar sus flechas es el siguiente: matan una res, le sacan el hígado, lo introducen en una olla; después cogen víboras de cascabel, ciempiés, tarántulas y escorpiones; los meten también en la olla haciéndolos encolerizar para que piquen el hígado vertiendo en él su ponzoña; y después de varios días, cuando ya aquella masa se ha corrompido, las ancianas de la tribu bañan en ella los chuzos de las flechas, dejándolas secar á la sombra: como se comprende, la mayor parte de las heridas producidas por estas flechas, son mortales por la septicemia que sobreviene rápidamente.

El año de 1844 los Seris habían cometido tantos robos y asesinatos, que fué necesario mandar de Hermosillo una fuerza considerable á las órdenes del Capitán Víctor Araiza. Se había proyectado que dicha fuerza fuese ayudada por otra que iría por mar; pero como ésta se



JACAL CONSTRUIDO CON ESPONJA Y
CONCHAS DE TORTUGA



ARCO Y CARCAX SERI

retardara, el Capitán Araiza se impacientó; declaró la guerra á los indios, sorprendiéndolos en la Punta del Carrizal, mató 11 entre hombres, mujeres é inocentes niños y regresó á Hermosillo.

El Gobernador interino D. Francisco Ponce de León desaprobó esta inhumana conducta, y organizó una nueva expedición por mar y tierra, con el objeto de aprisionar toda la tribu y traerla al Pueblo de Seris, en donde todavía quedaban algunas familias de aquella raza.

El mando de esta expedición fué confiado al Coronel D. Francisco Andrade, quien se puso á la cabeza de la fuerza que iba por tierra: 160 hombres de infantería, 60 de caballería y un cuerpo de voluntarios del Altar y de Horcasitas.

La fuerza naval, al mando del piloto D. Tomás Spence, se hizo á la mar en Guaymas el 11 de Agosto de 1844, en un navío de 12 toneladas y dos lanchas, de las cuales una llevaba un falconete de 2, y la otra un cañón de 4 libras: seis días después ancló en Bahía Kino.

Andrade salió de Hermosillo el 13 de Agosto, llegó al Carrizal el 16 y mandó un destacamento á la costa para encontrar á los que venían por mar; se encontraron á la mañana siguiente; Spence con algunos soldados y un guía indio entró á la isla en busca de agua.

Una vez allí, sucedió lo que sucede casi siempre, que el guía los había engañado y no quiso mostrarles los agujajes.

A pesar de todo Spence permaneció en tierra, izó la bandera mexicana y tomó posesión de la isla en nombre del Supremo Gobierno, como la primera persona civilizada que pisaba aquel suelo.

Después dividió su tropa en dos partidas que gastaron el día entero en buscar agua sin encontrarla: por la tarde Spence hizo á sus soldados sumergirse hasta el cuello en el mar para mitigar la sed.

Entretanto algunos soldados que habían caminado como dos leguas encontraron en Punta Narragansett una tinaja, probablemente temporal, pero estaba rodeada de indios que inmediatamente libraron batalla: era tal la sed de los soldados, que unos bebían mientras otros peleaban.

Por fin mataron á dos jefes indios, uno de los cuales llevaba puesta una chaqueta robada pocos días antes á un Sr. Hajar, en el camino de la Ciénaga. Lograron retirarse sin pérdidas, y cuando se reunieron con los marineros, estaban tan sedientos como ellos.

Por la mañana del día siguiente llegaron del Carrizal unas mulas cargadas con agua, y todos pudieron mitigar la sed.

El 20 de Agosto el Coronel Andrade se dirigió á la costa con la mayor parte de su tropa, dejando un destacamento para guardar el camino: el 21, Spence trasportó á la isla 125 hombres, 16 caballos, y algunas mulas y ganado, sin más accidente que la pérdida de una mula y un novillo arrastrados por la fuerza de la corriente.

Inmediatamente se dedicaron todos á buscar agua, y al siguiente día el Coronel Andrade y el Subteniente Jesús García encontraron rumbo al Norte un agujaje (probablemente Tinaja Anita), y allí establecieron el Cuartel General.

Algunas partidas que salieron por otros distintos rumbos encontraron otros agujajes y capturaron algunos indios; varias mujeres y varios niños.

Spence trasportó los víveres á la isla el 24 de Agosto dejando una lancha y un bote para el uso de la tropa; se hizo á la mar rumbo al Norte y tres días después, habiendo pasado algunos bancos de arena, llegó al extremo Norte de la Bahía de Agua Dulce, opuesta á Punta Tepota, encontrando multitud de tiburones y agua fresca, la misma que había sustentado á Hardy 18 años antes, y á Ugarte un siglo atrás.

No encontró indios, pero sí algunos restos de caballos, y varias balsas y jacaes que se apresuró á quemar.

En 28 y 29 Spence exploró las abruptas costas del Sur y del Norte sin encontrar indígenas; el 30 se dirigió al Oeste, encontró algunas huellas y recogió una mujer recientemente mordida por una víbora de cascabel.

Un poco más allá, encontró una partida de indios que al principio se manifestaron hostiles, pero que después se rindieron y fueron enviados a Andrade con una carta.

Después, luchando con encontradas corrientes, que dice lo volvían loco, llegó a la extremidad Suroeste de la isla encontrando allí otra ranchería, cuyos habitantes también se rindieron y fueron enviados a Andrade.

Por último, se dirigió al Este, y el día 3 de Septiembre volvió al punto de partida, después de haber rodeado la isla en 9 días, quemando en este tiempo 64 jacales, 97 balsas y habiendo capturado 104 indios con sus respectivas familias.

El diario de Spence indica claramente que hizo una completa circunnavegación de la isla tal cual antes y primero que nadie, la hizo Ugarte en 1721.

El día 4 todos los cautivos fueron transportados al Continente; el 5 lo fueron también las tropas, no quedando en la isla más que un pequeño destacamento con el objeto de perseguir algunos guerreros que se suponía estaban escondidos en las montañas.

Apremiado por la sed, Andrade se dirigió a Hermosillo conduciendo los cautivos: llegó a la ciudad el 12 de Septiembre haciendo una entrada triunfal, siendo recibido por las autoridades civiles y militares, mientras se echaban a vuelo las campanas y se tomaban refrescos.

Los cautivos fueron encerrados durante la noche, y al día siguiente se hizo una distribución de los niños entre las familias hermosillenses, de las cuales algunas tomaron a su cargo hasta tres y cuatro pequeñuelos: por supuesto que esta situación no duró largo tiempo, pues poco a poco fueron fugándose todos los cautivos; las mujeres se fueron llevando a los niños, y según refiere Spence, los fugitivos cometieron nuevos robos y asesinatos al volver a sus terrenos.

Mientras esto pasaba con los cautivos, la guerra seguía contra los indios que no podía el Gobierno reducir al orden. En Noviembre de 1844 se tuvo noticia de que los Seris habían matado 16 reses en el Rancho del Pocito, en el camino de Guaymas, y se mandó una fuerza de caballería para castigarlos.

En los primeros días de Diciembre, dicha fuerza se encontró con una partida de 70 guerreros Seris: unos, probablemente de los que habían quedado en el Tiburón, y otros de los que se habían fugado del pueblo. Después de una batalla de cuatro horas, la tropa se quedó sin parque, con parte de sus caballos heridos y de sus armas inutilizadas; capituló con los indios haciendo las paces con ellos y ofreciéndoles tratarlos muy bien, si se sometían al Gobierno.

Después de estos acontecimientos no quedaron en el pueblo de Seris, más que unas cinco ó seis personas, la mayor parte ancianos de la tribu, y se puede decir que aquí termina la historia de las guerras de los Seris.

Más tarde, es verdad, han sido muchas veces perseguidos por los rancheros vecinos de la costa, a quienes constantemente roban vacas, caballos, burros y mulas para alimentarse; pero ninguna de estas persecuciones ha tenido el carácter de una campaña formal.

A partir de 1844, los Seris tuvieron que luchar seriamente con D. Pascual Encimas. He aquí cómo se expresa McGee en su citada obra:

«Nacido cerca de Hermosillo en 1819, Don Pascual era ya un hombre en el tiempo de la expedición de Andrade y está al corriente de los últimos episodios de los Seris. Hombre de valor y disposiciones aventureras, y teniendo intereses en Bacuachito, le era familiar la frontera Seri y durante sus cacerías de venados y otras piezas le ocurrió la posibilidad de utilizar aquellas tierras. En 1744 le vino la idea de que los Seris podrían ser reducidos al orden

por medio de la juiciosa combinación de una educación industrial y de trabajos de evangelización, y al terminar ese año empezó a establecer el actual Rancho de San Francisco de Costa Rica, con el doble objeto de ensanchar sus negocios y crear relaciones entre los indios y los ganaderos. Con la ayuda de un buen cuerpo de vaqueros, artesanos y rancheros, excavó un profundo pozo, construyó casas de adobe y corrales, desmontó grandes extensiones pobladas de chaparrales y mezquites y estableció una cría de caballos, reses y burros. Procuró atraerse a los vagabundos Seris a fuerza de buenos tratamientos y hasta admitió algunos como trabajadores, en su traje habitual. En aquel tiempo fué ayudado materialmente por Colusio, que estaba joven y vigoroso. Poco después obtuvo el favor de que le mandaran dos sacerdotes para que le ayudaran en la empresa de catequizar a los indios, y logró, cuando los indios adquirieron más confianza, tener en su casa dos niños Seris educándolos en el español y en la religión católica con la esperanza de hacer de ellos dos sacerdotes que en el porvenir se ocuparan de civilizar la tribu. Uno de estos neófitos desapareció en una de las revueltas, y se cree que no pudo permanecer con sus hermanos y se fué al Pitiquito y más tarde a California. El otro, bautizado con el nombre de Juan Estorga y conocido con el apodo de el Gran Pelado, sobrevive, es un jefe; y aunque refundido entre los salvajes de su tribu, aún recuerda sus buenos tiempos, se corta el pelo y prefiere andar con zapatos, a ir a la moda sus compañeros.

Industrialmente Don Pascual obtuvo un verdadero éxito, pues su rancho progresó de una manera notable y en la actualidad, a pesar de los continuos robos de los Seris, posee una regular cantidad de ganado de todas clases. Durante este período de mutua tolerancia los Seris llegaron a permitir a los blancos entrar a la isla y don Pascual lo hizo tres ó cuatro veces acompañado una de ellas por varios caballeros, entre los cuales iba Don Ignacio Loaiza, que ya había estado en la isla con la expedición de Andrade. En uno de estos viajes, al regresar, atravesando el Estrechodel Infiernillo, un tiburón devoró una pata a la mula de Don Pascual. Visitaron la parte Sureste de la isla y vieron por primera vez las casas fabricadas con esponjas y conchas de tortugas.

Hubo, sin embargo, una temporada en que tal modo robaban los indios que, de seguir así, hubieran arruinado el rancho, y D. Pascual se vió obligado a mandar decir a los Seris con algunos de los que permanecían en el rancho que, en lo sucesivo, por cada cabeza de ganado que le robaran les costaría una cabeza de Seri. Los indios ofrecieron no robar más, pero a los cuantos días algunas mujeres Seris cogieron un caballo de una manada, le quebraron el cuello, chuparon su sangre e intestinos y enterraron los cuartos para que se pusieran MANIDOS, que es como más les agradan. Entonces D. Pascual mandó una mujer Seri que pidiera cuentas de los robos a sus compañeros, y no habiendo ésta vuelto al rancho, dió orden a los vaqueros de hacer fuego sobre el primer Seri que encontraran en el llano, y empezó una campaña que había de durar diez años. Durante los primeros meses los vaqueros estuvieron muy lejos de llevar a cabo el ofrecimiento de cabeza por cabeza, pero después de varios encuentros y de recibir varias heridas y pasar mil trabajos, viviendo en continua alarma de día y de noche, llegaron a cobrar un odio mortal a los indios y los cazaron como a fieras. Las escenas de matanza y barbarie, a partir de esa fecha, no son para referirse. En una de estas veces Don Pascual, que iba a la cabeza de 30 vaqueros cayó en una emboscada, varios de sus hombres y de sus caballos fueron heridos. El caballo de él recibió una pequeña herida de flecha en la que nadie fijó la atención, pero al día siguiente la herida se inflamó y el caballo no pudo trabajar: en la tarde los ganglios situados debajo de la quijada, se inflamaron; todo el cuerpo del animal se hinchó extraordinariamente, se formaron abcesos en distintas partes: en una palabra, se presentaron todos los síntomas de una infección purulenta, y el animal murió en medio de horribles sufrimientos; la